

Mogado

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Mogado (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Oyendo como se aproximaban las cavernosas pisadas de su anfitrión, Marcos Bauer se ubicó en ese umbral de ripios, con el afán de hacer un esencial seguimiento de un pasado en el que prevaleció la furia del deliro sobre cualquier sensatez. Llevaba papeles de trabajos y una libreta apuntes, y estaba dispuesto a actuar lucidamente durante esas horas de la tarde. Derramaba un éxtasis santo por la posibilidad de discernir lo que fueron violencias y estancamientos morales. Tenía la necesidad personal de hacer ese ejercicio con el que intentaría una sanación: la resolución de las paradojas que aún se incrustaban en el corazón de los suyos (para que nada quedara indeterminado cuando la prolongación de los años no era desdeñable, y la vida de quien sería su anfitrión se perdiera en uno de los excesos que tramita el tiempo).

Bauer pensó en el apartado de una meticulosa ley antes de encontrarse frente a frente con el dueño de casa, el receloso Ariel Geller, su mujer Betty, y el apoderado legal que estaba llegando con puntualidad. Se esmeraría en dismantelar definitivamente a una gran aflicción; encaminaba a su amabilidad con un eficaz uso de las palabras, que al fin de cuentas eran el motor que competía a la revelación de acontecimientos como algo radical que se confrontaba a la negación hecha por el tozudo silencio. Aquello se ligaba a una reparación explícita que a la vez serviría para concientizar al máximo. Y no se lo interpretaría de manera asimétrica ni alejándolo de la negra totalidad.

Bauer se encarnizaba en el objetivo de que nunca volvieran a haber concepciones prejuiciosas o estereotipadas, ya que se había instaurado un nuevo mundo cuyo admirable orden fundía a lo veleidoso y engañoso del pasado. Su principal preocupación consistía en manifestar empatía, y borrar cortésmente (con una sonrisa) cualquier vestigio de bestialidad.

Apenas lo vio abrir la puerta, notó la ansiedad de parte del dueño de la casa, que se dedicó a sacudir un ramificado volumen que había traído de adentro. Este, ni siquiera pensó en saludar al extraño que traduciría acertadamente a la anterior realidad, o al menos haría que fuera audible su cascada voz. Ariel Geller se largó directo a disertar, utilizando condenas con las que disipaba a cualquier planteo. No dejaba nada fuera de contexto o salido de lugar, porque a sus recuerdos ya no los devoraba la

humillación.

Como un autómata, Ariel abría y cerraba al libro con el objeto de echarle una seriada mirada a sus contenidos (el hecho de entrever ligeramente a sus líneas lo pacificaba). Lo importante estaba inscripto ahí: las tradiciones de su pueblo, su filosofía de supervivencia, y más concretamente, la inmensidad de su dolor; en ese libro de tapa rústica encontraba significados cercanos y profundos... pero sabía que lo que se hallaba inscripto tenía el permanente carácter de lo inacabado.

Marcos Bauer observó al viejo de tez rojiza, y a sus furibundos ademanes que conllevaban la intención de reconstruir una historia que se había tejida con el tenso hilo de la irrealidad (durante ese encuentro mantendría la exultación de adelantarse con juicios propios que prologarían extensamente a los de su interlocutor). Ese hombre sentía como su obligación a que le cuenten las costillas, es más, daba órdenes para que así lo hicieran con una frontal intemperancia frontal. Desde el inicio procedió a dar explicaciones frenéticas.

Se erguía en su casa de Villa Devoto, en donde también habitaban tenebrosos fantasmas que le susurraban: "Reconoce al fin a la muerte como el único orden invencible y en donde se concentran los que celebran su quietud." Y en ningún momento se definió como alguien lleno de dulzura, sino como un tipo enojado cuya dignidad estribaba en cocer a fuego lento su relato. Ariel introdujo como una idea un tanto oscura, que haría lo necesario para dar a conocer su odisea, en el nombre del Dios que era imposible encontrar (a pesar que docenas de profetas aseguraron haberlo visto en algún remoto rincón de la historia).

El tiempo (en su estrechamiento) incidió en la forma en la que el joven Marcos Bauer ingresó a su morada para justificarse por algo o acallar viejas y vergonzosas euforias. No sería un lugar común afirmar que aquello no se dio por casualidad, o que la composición de la historia de Gueller no se enlazaría con el cinismo del otro, sino con su aceptación. En ese cruzamiento, Ariel Gueller había guardado pruebas rotundas; el conservarlas a lo largo de las dos décadas que llevaba en el país, había sido su sagrada comisión. Pero enseguida adujo que Dios, sin dudas, se regocijaba jugando a las escondidas y en el caudal de los sufrimientos que con displicencia había legado al hombre. Se apremió en hacer esa aclaración con la que sermoneó que no iría a callar pese a que las mezquindades continuaban rondando por el mundo.

Cuando se metió en la casa, Marcos Bauer prendió su vista en las sucesivas bibliotecas; se sumiría en distinguir las cruentas huellas del ayer y a lo que había sido una barbarie, pero se encubrió en la regularidad de una época fervorosa; se ensimismaría en hacer una prolija revisión de aquel lamentable tiempo. Navegaría por el río de la historia que siempre

había enfermado y envejecido al hombre.

Esos libros eran derivaciones el hado de Gueller, que se había salvado de un final inexorable por su amistad con el azar... (tal vez sólo había negociado una postergación exitosa de la muerte). Ahora estaba frente a él sin dar un paso al costado, y demostrando con reciedumbre que el olvido no conseguiría falsear a la memoria.

Pronto se daría cuenta que ese hombre apenas se permitió retener algunos vínculos con la vida, pero nunca había desembarcado por completo de las fangosas orillas del pasado. Las ascendentes décadas nunca lo escindieron de sus antiguos rencores, y a menudo hacía burlones resúmenes a la par que le entregaba condicionales vaticinios.

Antes de entrar, el joven visitante le había dirigido reverenciales palabras, pero el viejo no fijó su vista en él, sino en el texto que acunaba en sus brazos. Marcos Bauer no dejaba de ser la misteriosa imagen de un joven al que no le prestaría demasiada atención; tal vez era un infame, un infiltrado, o un hombre cuyos vicios sobrepasaban las medidas humanas... pero alguien con el que tropezaba sin que hubiera escándalos de por medio.

Adentro, Ariel Gueller extrajo del cajón a una carpeta en la que colecciones de fotos estaba encadenadas unas detrás de otras, como persistentes carrozas que enfilaban al cementerio. Guardaban en esos pálidos rectángulos a lo que ya no existía, o dicho sin eufemismos: a los que inopinadamente fueron excluidos de la nostálgica sucesión que apareja un devenir.

El viejo habló de un enigma que era necesario descifrar, de la noche que se hacía tan grande como el mayor de los desiertos, de fuegos que no atizaban a la circulación de su sangre, y de los miles de sueños que eran ruinas que se inspiraban en el silencio atroz. Estaba persuadido que nunca escaparía de la maldición de sus pensamientos que lo sumergían en la suciedad o en la desesperanza. Pensaba en lo perverso o en algunas de sus definiciones periféricas, en las sombras que se alineaban siguiendo un desarrollo irracional.

Aseguró que era un adulto mayor y no un sujeto añorado, por lo que hablaría de cuestiones duras sin ponerle moños a las palabras, aunque sonase loco o extravagante, se referiría a aquello que hundía a las mañanas en las noches. A veces temía ir a dormir y no despertarse en el mismo sitio, o quedarse paralizado por haber tenido la audacia de soñar... No se sentía tranquilo, aunque ya no se entorpecía con los abusivos empeños en tener éxito o evitar al fracaso (esas hipérboles nunca fueron capaces de determinar qué cosa era la nada o el infinito). Su riqueza consistía en no ser demasiado ampuloso, y en que ya no tendría la necesidad de ocultarse. Y era hora de que su experiencia no perdurara

dentro de categorías innombrables.

Estaba preparado para ese momento en que argumentaría sin considerar que podría ser despojado, y formalmente declaró que no se repetirían en él los desventurados cursos que tomaran las vidas de sus compatriotas.

De repente se enojó como si él hubiera sido el responsable de la aniquilación de sus primarias identidades. No pudo evitar ser violento consigo mismo, a pesar de que sabía que al dar precisiones de sus recuerdos hacía girar la cuerda de sus manías.

A partir de ahí a cada rato propició bruscas discusiones (que por no contar con respuestas terminaba ganando), aunque su finalidad era esclarecer las cosas. Daba definiciones relacionadas con alejados estilos de vida; añejos conflictos recrudecían en sus sincréticas versiones, la eterna lucha del bien y el mal cuyos dictámenes lo hacían sudar y lo constreñía a evocar incesantes números de muertes heroicas.

Más allá de la programada injerencia de quién rescató a éste relato de las arenas movedizas del tiempo, con el designio que no se perdiera ni cayera en mezclas o hibridaciones con los barros, en los protagonistas existió la voluntad de evocar lo que había sido espeluznante, y completar así (superando al fastidio) lo que consignaron. Al materializar al pasado, no quedaría dentro de un plano abstracto de referencia. Habían hecho un acuerdo dentro de concebibles términos en lo que se estimó al diálogo como el bien común de la humanidad (desgraciadamente esas afirmaciones no bastaron por sí solas para frenar el avance de afrentosos sentimientos o a la recurrente desorientación).

Los temas no se tornaron crípticos ni al final no se trastocó a lo que, a fines de la década del '60 se constituía en la cotidianeidad, aunque subsistieron pesarasas agitaciones en el corazón. Ariel Gueler pensó en voz alta (prácticamente gritando), que el mal con su despotismo y arbitrariedad reapareció para interrumpir a tantas sollozadas excusas, y surgiría una guerra cósmica por querer imponer una extravagancia a la que se le agregaría el rotulo de esencial. Sin embargo y antes que eso ocurriese, hizo una enérgica repulsa del pasado que no había desaparecido por completo. Había sido puesto en una cruel disyuntiva en la que se negó a canjear este por el presente.

Los artilugios verbales en las que ese hombre se empeñó, a menudo desestabilizaron al sensible espíritu de Bauer. Al final, ese resultó un encuentro improductivo, pero sirvió al propósito de Betty Geller de enfrentar a su esposo y acusarlo de dar información al enemigo, sin desdeñarlo ni etiquetarle la magnitud de los cobardes. Por el contrario, lo ayudó a dilucidar las motivaciones íntimas de quien con sutiles vilezas se estaba aprovechando de dos viejos. La mujer solventó la imposibilidad de apiñar eventos hipotéticos que probablemente nunca ocurrieron, pero no

habilitaba como apropiado traerlos a colación. Los Gueller acabaron odiando a esa reunión, a ese doloroso itinerario en el que fueron estudiados con las pericias de los carniceros. Y al final perdieron la tradición (supuestamente recuperada) de la hospitalidad.

Durante noches enteras la mujer solía ver las figuras fantasmales que salían de sus roídos dedos, y la miraban con sonrisas filosas con las que abreviaban aquello que habían aprendido de la muerte. Estas discurrían pactos funerarios hasta que el sonido se hacía devastador. Betty tenía problemas de movilidad, y a la vez no podía permanecer mucho tiempo en reposo. Se inquietaba, discrepaba con su esposo, y deducía que los efectos de la finitud se iban ampliando.

Marcos Bauer había limpiado su calzado en la alfombrilla de la entrada, y luego hojeó al manuscrito que le entregó Geller, aunque no curioseó demasiado. Sólo lo hizo para ganar admisión e insertarse directo en el medio de la sala. Su ánimo era bueno o al menos se sentía bendecido por una sana alegría. Por supuesto que necesitaba la colaboración (y quizás de la complicidad) del apoderado legal que ya había llegado. Manejaría correctamente a ese asunto y solucionaría ese impasible conflicto impulsado por circunstancias históricas. No estaba ahí para reivindicar nada, sino para zanjar una situación de desamparo emocional, y tener una clave de acceso a documentos que se creían destruidos.

Después del ácido discurso apalancado por Ariel Geler (en el que encajó principios que consideró indiscutibles), Betty se presentó al joven con melindrosas sonrisas y la presunción de que mudaría las direcciones venenosas que tomaría ese evento. Enseguida interactuó abiertamente, aunque sus indicaciones no privilegiaron ni completaron las historias narradas por su esposo, por el contrario, se planteó impasible frente a lo que le asignó el valor de innobles vaguedades. Efectuaba una interpretación indirecta de los hechos, porque: "igual pronto morirían y las polvaredas que contaminaban al mundo seguirían avanzado". No tenía interés en exponer las verdades irremediabiles, sólo quería que el visitante se fuera, retornara con su gente, y no vuelva nunca más.

Con hosquedad se esforzó en impermeabilizar los recuerdos. Los considerandos de Betty eran irreconciliables con lo dicho por Ariel, y convino con Marcos Bauer que los folios que el viejo llevaba no merecían ser leídos. Revivir el pasado era torturar al presente; la vida sólo era compatible con el olvido, y ella no daría un paso atrás de esa postura. Por otra parte, Ariel era un hombre viejo e inquieto que nunca cesaba de quejarse. Un pobre parlanchín que guardaba presupuestos ideológicos, y no comprendía que la decisión obvia era cerrar el pico. A su criticismo ella nunca lo había podido disipar, y eso que apeló desde las típicas ironías femeninas, hasta lisas y llanas modalidades insolentes... pasando por

ruegos que no dejaron corolarios positivos.

Estaban juntos, pero vivían en realidades opuestas, y ya no estaban en condiciones de darle voz a la historia. Marcos Bauer no debía prestar atención a su marido, ni tomar en serio a sus pavadas. Ariel Gueller sólo era un viejo obstinado que simulaba que nunca se había dejado dominar.

Marcos Bauer procuró manejar la situación sin hacer caso al abaratamiento propuesto por Betty. A su lado se hallaba presente el apoderado legal que había arribado sin tardanzas a pesar que por un trecho del camino su auto había sido atascado por el tráfico. La mujer sacudía a su cabeza con irrespetuosidad frente a la denso que decía su marido. Se le interpuso con el objeto de que no avance en su indiscreción. La raíz de su irritada actitud radicaba en que ella no quería que los recién llegados se ilustraran acerca de lo que les ocurrió. Las destempladas compilaciones de Ariel debían ser desmanteladas. Bastaría con no responder algunas de sus cortas e imperiosas preguntas para que este se marche de su casa junto con el sospechoso apoderado legal.

Después de ignorar sus reclamos de que actúe con indiferencia, Marcos estuvo de acuerdo en analizar al manuscrito de Gueller qué relataba la vida en un pueblo que alguna vez había sido próspero. Un lugar que al principio le parecía un páramo encantado más que un situado castillo (Gueller no pudo evitar incorporar semejantes metáforas frente a la creciente tensión creada por su esposa). Ahí no hubo personajes heroicos, aunque sí artistas y pensadores que establecieron una ardorosa cultura basada en la autenticidad. En la carpeta había apilado vocablos en otro idioma, fotografías familiares, y recortes de diarios; ese era el mundo que Ariel Gueller solía retocar con sus dedos para que quedase inalterado; a su misma existencia la agrupaba en esas páginas.

Las diarias contrataciones, el sagrado sentido de la comunidad, y la poesía, se concentraban en los minúsculos pliegues del papel. En esas estratégicas superficies lingüísticas no existían distorsiones, ni raspaduras, y nunca nadie violó al orden con que fue armado ese álbum.

Sin querer ser oído por su esposa, Ariel Gueller susurró a Bauer que no hiciera caso a las mujeres ni a cipayos extranjeros (se refería, tal vez, al apoderado legal). Si bien eso sonaba a una simplificación, tenía bastante congruencia: las mujeres eran disruptivas, especialmente cuando sobrepasaban la mediana edad y transitaban por la acobardada vejez (existía un considerable contraste entre lo buenas que habían sido durante sus juventudes, y lo enervantes que se ponían después de pasar por aquella etapa feliz). Bauer tenía que discernir por sí mismo sin hacer caso a las ignorantes que relativizaban lo que se veía a simple vista, asimismo, no debía dejar que la pasión por las mujeres lo privase del razonamiento. Lo mejor era encontrar al punto medio para que las sintonías del universo

no se hicieran ruidos dentro de su cabeza.

Betty lo había visto venir: su esposo se arrogaba una audacia enfermiza que le impulsaba a dar consejos a quien arteralmente bajaba la cabeza, y largaba halagüeños adjetivos que eran el colmo de la imprecisión.

Sin embargo, los rasgos de Geller estaban tiesos, y no se le hundían las escarpadas hendiduras que forman las sonrisas. No interpuso fórmulas afables con la idea de no cortar los fondos de tinieblas que rumian en sus relatos, y la intervención de su mujer no fue obstáculo en sacar adelante esas desazones. Se obliga a comentar y de a ratos dar lecciones, a tejer con una concisión imponderable lo que, sino quedarían como tenues sombras que eran arrojadas o se levantaban del vacío. Interpuso algo de perplejidad sobre lo que había sido tan horrible.

Ariel Gueller era un sujeto que altercaba con los otros con suma facilidad, y que había dedicado días, semanas, meses, y años, a leer sus manuscritos con maneras obsesivas; consideraba que en estos se instalaron sus enterezas y su claudicación.

No concordaba con Betty, tampoco con quienes convivían con él en los recuerdos. Dialogaba con ellos en una confundida simultaneidad, más allá de lo heterogéneo que se tornaron sus mundos. Tocaban temas cuyas cargas proféticas o místicas eran pesadas, y se oponía a las valoraciones interesadas y sumamente egoístas. Acumulaba una gran hostilidad hacia el género humano en el cual, desgraciadamente, se sabía incluido (él también era fuente de errores y aberraciones de los que era imposible rehabilitarse).

Cuando se alteraba, sus verbos tendían a enrarecerse, y se plagaba con grotescas animadversiones en contra de un sujeto fantasmal (una persona a la que aún odiaba con inquebrantable convicción). A sus sentencias adjuntaba tortuosas revelaciones acerca de ese individuo, que plegaba en su rostro a una angustiosa tensión.

Le entregó a Bauer una infalible cronología sobre la que que no haría superfluas aclaraciones.

Después, recorrió con ese joven al jardín de su casa que no tenía flores sino cementos, y tres amplios canteros rellenos con tierra húmeda. Aquello conformaba una exitosa desolación, y era notable el poder hacer un inocente viaje por el medio de esos deplorables símbolos. Como una especie de excusación, sostuvo que había que dar primacía al vacío sobre la tonta publicidad que se hace sobre lo exuberante.

Su casa no deslumbraba, pero era lo suficiente sólida y segura como para acostarse en la cama y dormir sin miedos. Juzgaba que jamás le caería el techo encima, y ningún ladrón querría aplicar sobre su estructura a alguna

de sus prácticas inmemorables.

Gueller le contó a su huésped con un dichoso tono, como habían sido aniquiladas por el mal clima las magnolias que había plantado en la anterior temporada (en verdad le hizo una extenuante prédica acerca de aquel trastorno que no desaprobó; fue una enumeración que agobió y que debió haber sido un comentario marginal).

La atmosfera gris de la tarde se intensificaba en ese sitio. Lo curioso fue que Gueller no encontró en Bauer a alguien repelente, y por alguna desconocida razón depositó su confianza en él. Le dio la impresión de que estaba sinceramente preocupado, y que trataba de comprender como se incubó la crueldad; analizó que por la frente de ese joven se filtraba algo de indignación mientras afirmaba que había que trazar una línea divisoria entre los sucesos, o más bien una muralla de piedras fuertes, que cerrara el paso a los desconsuelos y las amarguras. A este le brindó su sapiencia, o mejor dicho una avalancha de presunciones en la que no cabía lo trivial. La guerra que había sido brutal y hegemónica, era lo que alimentaba a su despiadada erudición.

La atención con que encogía los ojos su visitante, le ocasionó un ligero alivio; ese joven ansiaba conocer la máxima extensión de los hechos, incluso a los más pequeños y circunstanciales. Pero en verdad, la franqueza de Marcos Bauer sucumbirá durante ese encuentro, dentro del cual y sorpresivamente se agregaron apremios sádicos (no fueron las convulsionadas y trágicas narrativas las que hicieron que decayera su optimismo, sino la estupefacción que al final reinó vertiginosa).

Bauer paseó por el fragmentado jardín gris extendiendo su quijada principesca, mientras reflexionaba que no tenía afinidades con ese hombre discutidor. Sus inesperadas trampas le provocaban algo de bronca... de cualquier forma escudriñaba bien lo que le decía, y le asentía como si estuviera agradecido de ser el beneficiario de su sabiduría que dosificaba con cinismos. No era que no se compadeciera, pero la crispada elocuencia de Gueller tendía más a intercalar castigos que a ejercitar con porfía a su memoria. Ambos sabían que a la par de caminar sobre las baldosas rotas de ese jardín devenido en patio, lo hacían sobre un abismo cuya mera contemplación resultaba horrorosa.

La función del joven se limitaba a verificar las fuentes de Gueller. Pronto se retraería de las reflexiones sarcásticas de su anfitrión, que daban un tratamiento poco tradicional a graves torbellinos históricos. Pero antes que el apoderado legal le hablara en su otro idioma, escuchó la voz del viejo salir al ras de su garganta con una advertencia: le exigía llevar a cabo ritos bobos, despachos que no eran simples ya que implicaban hipotéticos castigos en caso de incumplimiento.

Entre otras cosas, Bauer tuvo que admitir que las intervenciones sobrenaturales eran una gran invención. Se emperró cortésmente en pronunciar esos vocablos, y eliminar a los celos que Gueller empollaba cuando estaba disconforme. Aparte de eso, rastreó una cantidad de novedosos datos, al aceptar que este se explayase en disertaciones con raptos filosóficos.

Por cierto, repercutió banal el rol del apoderado legal, cuyo primordial interés residió en alejarse de ese espacio que rezumaba pretéritas desgracias. Lo que le importó fue sacar fotos, simular sentimientos de agravios con una restringida gesticulación, para después marcharse. Las recopilaciones serían hechas por otro, y los enfoques que obtuvo con su cámara harían que las fotos salieran perfectas.

Ese hombre que más tarde se clavó en una esquina, recordó molesto a la sonsera de su error y lamentó por no haber sido lo suficiente activo. Sin embargo, anunció que sus aspiraciones habían sido nobles, y no existieron reales motivos para que Ariel Gueller se condujera con malignos enmarañamientos. En ese compungido instante callejero se abrazó con Marcos Bauer quien parcialmente empapó su rostro con algunas lágrimas.

II

"Fue Bercovich quién armó entre lamentaciones y con escasa decencia al mugriento éxodo, sin reconocer que cada remesa era el adelanto de un embalaje más grande. ¿Cómo explicar los errores de Bercovich y no censurarlo por ser cómplice?", dijo Ariel, limpiando una foto con su dedo y reconstruyendo a la intensa progresión de un odio que nunca se apagaba.

Acto seguido, conjugó la suficiente serenidad para leer un vehemente artículo (más bien un tajante comentario de reeditados análisis) qué con un apresuramiento decoroso consideraba conveniente ventilar. La guerra, la anarquía, y los hábitos creados por el desbarajuste, eran utilizados como pretextos, y Bercovich era un rey sin corona que usurpaba el poder. Una pueblerina historia era el ovillo que Gueller desenrollaba (que siempre había amordazado porque lo relacionaba con su humillación). Con la carpeta en una de sus manos implicó las esencias dantescas del mundo en exhaustivas invocaciones.

Nada de eso se remataba en algo recomendable, pero todo había quedado registrado en forma honesta y sin tachaduras.

"En el pueblo de Mogado no había protestas, aunque las calles estaban mugrosas y se comía en forma irregular; había gente que dormía al aire

libre aferrada a sus maletas como si fueran perros".

Ariel Geller fomentaba sutiles resistencias, mientras observaba a ese pueblo como si aún existiera en el centro de un ovalado valle que un armonioso río dividía, y participaba afanosamente dentro del comercio regional. Ahí seguía desarrollándose la vida bajo la implacable barrera de su mirada que daba a la gente una ficticia protección.

Geller emplazaba a su reorganización de acuerdo a lo que había sido antes del caos, mientras se mecía en un sillón-hamaca (no había permitido, en infinidad de ocasiones, que la historia real censurara las refrescantes propiedades de sus ensueños); según corrieran sus antojos giraba para atrás las manecillas del reloj y rebobinaba el tiempo.

Él, Ariel Geler, resolvía derechamente a viejos problemas con la sinceridad más honda que se alberga en el corazón, y pulverizaba hasta en sus entrañas a los rebosantes infiernos. Les pedía a los suyos que se armen dentro del júbilo de una resistencia armada; la batalla se entablaría en desproporcionados términos, pero alcanzarían al contentamiento final si morían peleando... no hacerlo intoxicaría sus almas, sólo si creaban mares de sangre navegarían por la muerte con serenidad.

"Mogado no era de los mejores ni de los más atrasados pueblos, y se emplazaba con su porte señorial en el medio de un colosal valle. En tiempos eméritos había adquirido su buena reputación, y los sabios se combinaban dentro de las calles con la gentuza para asistirle en fundamentos metafísicos, solían brindarles literales lecciones de lo alegórico".

Tomando aires que le fundaban una íntima seguridad (y recorrían su aprensión), Geller no vaciló en recordar a la gente de Mogado. También refirió cómo lo asediaban con dudas que no contenían brillos particulares, pero era su obligación diluir; desentrañaba ordinarias incertidumbres de los que fingían ignorar lo que ocurría alrededor.

"No percibían al mundo de acuerdo a su imaginación, sin embargo, mantenían los reticentes pudores con que uno se engaña a sí mismo", agregó con la espontaneidad de quien posee una versión de primera mano. Las personas se le arrimaban con el fin de que propulsara un sentido distintivo a las mezquindades que pasaban frente a sus narices, cuestión que no podía hacer, pero le exponía los hechos de un modo esperanzado; no argumentaba en contra de lo real, sólo les indicaba aquellas posibilidades que adquirirían validez.

No existía un por qué; eran sólo acontecimientos impuros que estaban más allá de las previsibles operaciones del espíritu. No se animó a decirles que, al no ser más avaladas las proezas de la normalidad, se extinguieron los derechos fundamentales y era tonto depositar una confianza ciega en

las inveteradas instituciones.

Ariel Gueller denotó los anagramas de humo que días antes de la llegada de los Visitantes, posesos aviones anotaron desde los cielos. Esos vientos desplomaron de la tierra a lo que no había tenido bases sólidas, y surgieron divididas explicaciones de tales fenómenos entre los que se alineaban por lo natural o los que defendían a lo divino.

“Sin dudas, los Visitantes generaron controversias debido a que hacían proyecciones puramente destructivas utilizando como base al terror (y para entender esto no es necesario internarse en el estrecho campo de las matemáticas)”, pronunció el dueño de casa con la indeformable modulación característica de una esfinge. Las perspectivas se tornaron invariables en el momento en que el cielo entró en convulsiones, pero por entonces pensó que para acoger a los Visitantes había que mantener una calma que se ajustaba a añejas habilidades diplomáticas. Su voluntad era negociar cualquier cosa, ya que así se destituirían las ambigüedades, y poco a poco nada se encuadraría en categorías aleatorias. Lo peor era abandonarse al miedo propiciado por los rumores circulantes; pronto se distinguirían las primeras impresiones de la guerra de las segundas que de seguro serían más amistosas.

Desinteresado del silencioso contexto que lo envolvía, Geller volvió a sumar en su narración a las previas grandezas de Mogado. Y como ciudadano de una desaparecida república rindió un exagerado tributo a un inexistente gobierno; también, con los ojos cerrados aludió dificultosamente a la reposición de un diálogo absurdo que había tenido con quienes habían sido despojados. Siguiendo a las directrices centrales de su pensamiento de esa forma había justificado a su rol administrativo.

Ariel Gueller resguardaba con escrupulosidad a los antiguos moldes, y proclamaba antiquísimas excelencias que hacía mucho el tiempo había borroneado. Aquel país ya no existía, pero los reflejos de este que persistían en su mente, eran inabarcables. ¡Pero eso no le auguraba ninguna felicidad y sólo promovía una curiosidad inútil!

Betty lo interrumpió con berreada indisposición: "Mogado es un neto error, un artilugio construido con sentimientos piadosos; nadie contaría aquello que pasó sin ser acusado de mentiroso o poco realista. El error nace en que jamás existió semejante localidad, esa catástrofe, o esa época. Mogado es una construcción con un vaporoso contenido como lo son los sueños que crean mundos que no se encuentran en ningún lugar." Según su esposa, Ariel estaba delineando complejidades con despreocupación y hacia crónicas muy seguras de lo que al menos merecía la prudente cualidad de la vacilación.

Bauer no aceptó que la mujer frustrara las informes de Gueller. Esa resistencia no resolvía nada, por lo que sacudiendo un poco la cabeza le

pidió al hombre que continué.

"Fue en ese escenario en que los seguidores de Bercovich se atolondraron por adorar a la barbarie, e impusieron la idea a los que eran fácilmente persuadidos, que los Visitantes no eran infames sujetos. Había que cooperar con ellos, y asentir que nos compararan odiosamente con el estiércol y la proliferación sin pausas de la basura", dijo Ariel Geler, con la comprensión de qué el oculto sentido de sus aseveraciones no era otro que el de proveerse de la puntillosa furia que lo mantenía en guardia. El pasado no se atendería a incoloras amplificaciones, al menos mientras él estuviera vivo y su voz se hiciera cantante.

El abyecto individuo intencionado como su contracara (Bercovich), había venerado en forma llana y repugnante a la brutalidad de los Visitantes. Estuvo a favor de la inserción temporal (o eterna) de estos, suponiendo que así nadie atentaría en contra de las supuestas perfecciones de su función. No hizo una lectura honesta de la situación, ni hizo algo distinto a lo que ellos le demandaron que hiciera. Los convidó a que se unieran indisolublemente a Mogado en una fecha que de acuerdo a su clamor formaba parte del plan de la Providencia. Dedujo con una rara felicidad que su decisión sería apreciada por lo menos hasta que se adentre el siguiente siglo.

Ariel Geler no se mostró agradecido por ser uno de los pocos (si no el único) que archivaba memorias de aquellos hechos. Era apto para reproducir ese panorama (y quizás gracias a superposiciones de su imaginación... reformarlo). Sostuvo que su vida actual era igual a la de cualquier hombre libre: bebía si tenía sed, comía el pan que ponía sobre la mesa, y a menudo consultaba al mapa de la ciudad para saber por dónde andaba. Era un hombre que pisaba firme sobre la tierra y no le marcaba el paso a nadie, pero el pasado constantemente lo desestabilizaba y le negaba afiliaciones sensatas. Y no podía poner fin al infortunio que lo azotaba día tras día.

"¡Bercovich fue el indiscutible responsable!", bramó, desempeñando el estudioso papel de un inclemente testigo; lo denunció dando estridencia a su odio, frente a los presentes y los que subsistían en sus vidriosas memorias. Su cólera no dejaba lugar a engaños, aunque la suya era la única voz que recordaba a Bercovich sobre un trasfondo de impresionantes ecos de voces inaudibles. Gueller estaba parado en un lugar de Sudamérica, décadas después, inculpándolo sin esperar un reencuentro ni temer que este sucediera.

Todavía rugían en sus oídos aquellos que anduvieron de sol a sol, atravesaron con sueños a regulares lunas, amasaron sus pobres ideales con lo poco que quedaba de harina, y derrocharon millones de esperanzas. Eran hombres y mujeres a los que evocaba en forma energética y desosegada. Geller contó que antes de la llegada de los

Visitantes, en su pueblo no se hacían custodias rabiosas, ni la gente sufría asiduas torturas, excesos de trabajo, o daño alguno. Y no era que sobreabundaba el amor o la piedad, pero por la calle no transitaban fantasmas sino personas. Los lugareños comían juntos, se intercambiaban regalos, y a los niños se los mimaba mucho. Ninguno atacaba al otro con ensañamiento y sin saber por qué lo hacía; no se cometían deliberados desarreglos en las experiencias cotidianas.

Explayándose en otros puntos importantísimos, pronto habló de un ramal de la ruta ubicado en el flanco noroccidental, que fue por donde llegaron los Visitantes con sus tormentas de órdenes (la gente común llegó a creer que esa coordinada geográfica había sido maldecida). Habían arribado inconmovibles, con ideas que tendrían considerables consecuencias y serían comunicadas más tarde, el sentido ancestral del deber cumplido, y la exigencia de violar cuanto asunto respetable hubiera... como única aclaración señalaron que no estaban atados a los institutos precedentes.

“Se llenaron con odios viscerales, pero eran muy simples sus resúmenes, y debíamos recordar que se trataban de sujetos omnipotentes. Bercovich los justificó diciendo que querrían brindar seguridad a la población, y que al final reclutarían a parte de ésta entre sus adeptos. Creía que si lo ayudábamos (desde una conveniente exterioridad) preservaríamos nuestra autonomía.

Los Visitantes se acomodaron en casas de las afueras, cuyas habitaciones no tenían muebles, y estaban recién pintadas de blanco. Entre ellos divulgaban las proezas de su líder, al que consideraban un redentor que pregonaba la muerte de los otros como la más compasiva forma de sanar al mundo, y una altiva vía que los conduciría al definitivo bienestar.

El contraste entre los Visitantes y las gentes de Mogado era tremendo. Durante entrecortados días y noches los últimos observaban como los primeros se apropiaban de todo lo que alcanzaban a ver. Y siendo los Señores que eran, no detallaban sus motivaciones. Sólo los revisaban, corregían sus establecimientos, y los enviaban hacia donde se les daba la gana que estuvieran, según listados que ordenaban a los desgarrados fragmentos de sus vidas con un malicioso determinismo.

Ellos caminaron por ahí, y fue cómo si caminara el fuego, ya que cuándo se los atisbaba, se proponían ser cueles y causar dolor. Como se consideraban la Suprema Autoridad, se sujetaban al buen gusto y no admitían críticas ni que se balbuceara frente a sus caras; enseguida disparaban contra quienes les pedían exageradas explicaciones, con el fin de demostrarles que cualquier trato sin disciplina que se les hiciera, era una aberración fatal. Asesinaban a los hombres como moscas porque entendían a la muerte como la última instancia del corto proceso de

corrección.

A causa de los Visitantes, no hubo estremecedores gritos entre los hombres de Mogado, pero sí algún musitar, o simples llantos que eran la exclusiva dirección que podían tomar sus quejas antes de que el silencio se hiciera incurable. Bercovich había puesto cómo la insincera cláusula de un contrato, que esos hombres eran superiores, y se los tenía que acatar de acuerdo a esa calificación no menor. Aceptaríamos dócilmente la construcción social que ellos tanto idealizaban, y frente a aquello que impusieran, reaccionaríamos con la cabeza gacha y la esperanza de que nos dejarían vivir al menos en el sentido biológico".

Ariel Geller expresó estas reseñas cosas con un tono que asimiló al retumbe de un trueno, cuando la noche ya estaba inyectando un poco de su oscuridad al día. Tal despliegue histriónico no agravó a sus atormentados rasgos.

Marcos Bauer, relajado en el sillón opuesto, lagrimeó un poco; lamentaba la existencia de ese período de hegemónicas furias, de sinrazones y desequilibrios que se abrieron paso sobre los ensanchamientos de la tierra. El joven se vinculaba con algo no muy lejano que había pasado y se pretendía que ya fuera historia, que el paso de apresuradas generaciones lograra neutralizar al remanente dolor.

"No queda otra alternativa que esperar a que el tiempo trague lo malo que ocurrió, y qué los monstruos no salgan más de sus cuevas y escondrijos", anheló como la persona bien intencionada que era.

La humanidad había vuelto a elevarse y con ímpetu intentaba recuperar las armonías perdidas. Bauer estaba convencido del promisorio porvenir y que su nación se había rehabilitado por completo. Esas pautas eran claves de su misión en la casa de los Geller: efectuó apagadas cantinelas que sancionaban que jamás se repetirían esas dramáticas inercias de la historia.

Fue Betty la que desmañada se arrogó el derecho de revisar lo dicho por su marido. Adujo que no pretendía estorbar, sino mover una pieza en ese sensible tablero... pero su interrupción se asemejó al sonido que hace el cristal al romperse. Según su retrato, los problemas acumularían los mismos grosores de siempre, y las guerras nunca acabarían; la estirpe maligna del hombre haría que hediondas invocaciones vivificasen a execrables eventos paralelos.

Con un chistido Ariel le impidió continuar, y retomó el hilo de su relato. *

* [Hay una versión taquigráfica de esta reunión enterrada en el polvo de la Biblioteca del Congreso (tal vez ya no se encuentre completa)]

"Existió en Mogado una amenaza que fue como una grieta a punto de partir un edificio. No sólo hubo una guerra, ni invasores que nos odiaban, ni escondites detrás de paredes débiles y temblorosas, también se trató de una brutal alegoría cuyos descomedidos símbolos figuraron al fin del mundo. Cuando arribaron los Visitantes se creyó que, si bien producirían un profundo cambio, este no sería muy negativo. Era cuestión de confirmar con la cabeza aquello que reclamaban con iracundias, y contestar sus preguntas ocultándoles que guardábamos en nuestros corazones a innumerables dudas y desasosiegos. Bercovich no fue la persona más apropiada para brindar respuestas a la gente, ya que pronto se lo oyó dictar ordenes desgraciadas y dar una categoría genérica a lo que atravesaba groseramente los límites convencionales. No quería que nada subvertiría las jerarquías gracias a las cuales se hallaba en la cúspide, puesto que si se tenía paciencia los Visitantes serían compactados por el tiempo, y todo retornaría a la normalidad.

La eclosión ocurrió poco después, y fue un aluvión de adversidades que falsificó para siempre a la humanidad. Los Visitantes cercaron a Mogado con alambres de púas y ametrallaban a quienes querían marcharse; estaban persuadidos que hacían lo común y ordinario en situaciones de ese género, sólo admitían como un secreto cantante que cargaban pocos prejuicios a la hora de matar, aunque a eso lo rebajaban a una cuestión divertidísima que se transformaba en una aburrida moraleja; les resultaba abrumador liquidar tanta gente en tan escaso tiempo.

Betty y yo observamos la malevolencia que gestionaban desde una resguardada posición en el monte. Habíamos emprendido la huida través de una organización secreta que nos proveyó con documentos falsos junto a distintas e inasibles personalidades. Vimos cómo un frondoso infierno se integraba al mundo a través de esquemas trazados con hermetismos.

No creó ser deficiente en mi opinión, pero si los tiempos son la duplicación de otros tiempos, ese tiempo fue único e inadmisibile para los hombres que tienen sangre en sus cuerpos, aires en sus pulmones y sentimientos con que se despabilan a las mañanas. Ese cataclismo fue promovido por el ejercicio de lo irracional.

Las imposiciones de los Visitantes fueron vejatorias, ya que arrasaron con lo que encontraron bajo el sol, y mancharon la tierra con sus efusiones de plomos. No formulaban lo que querían, sólo mataban como si fuera un don natural al que apreciaban, y la cabal corroboración que sus manifestaciones eran infalibles. Para ellos, la destrucción era amor y sabiduría, y creyeron que andarían siempre tranquilos creando a hogueras y distribuyendo fuegos. El grato sentido que le atribuían a sus monstruosidades ideológicas acentuaba su vocación en sembrar muertes.

Aludieron que borrarían a Mogado porque despreciaban a las risas de las mujeres y bajezas de los hombres, o porque las pequeñas especulaciones

que estos hacían les creaban cierto grado de perturbación. Juraron que a sus existencias (o a las mínimas posibilidades que estas conservaban) las abolirían cuanto antes. "

Tras soltar la lengua, la mente de Geller no se nubló. Tomó aire y catapultó nuevas revelaciones:

"El pueblo había dado la bienvenida a solitarios ambulantes, a deshilachados grupos familiares, a mujeres que no dominaban al idioma y se agregaban a vivir en un lugar en donde sus nombres sufrían variaciones fonéticas. Porque concebíamos que unidos obtendríamos fuerzas superiores, sin ver que de nada servía la frugalidad de ser filósofos y poetas. La gente se anclaba a la ilusión de que a fin de cuentas los Visitantes eran humanos, y dejarían que la vida corriera con su habitual ritmo. Pensaron que sus aspiraciones, sus prácticas, se limitaban a certificar por un lapso que eran invencibles o muy poderosos. Por entonces había suficiente harina en las despensas, y se esparció la idea de que, si no se prescindía de las plegarias sublimes que se enderezaban hacia las Alturas, aquello pasaría y se perdería en la abstracción de los temores".

Ariel Geller casi había concluido su testimonio sin errar en círculos. Compartió un mensaje cuyo único elemento condicionante era que seguía estando vivo. Junto a Betty había escapado de Mogado, y llegado a la Argentina sin dinero, y con profundas alteraciones emocionales. Las amenazas del pasado lo encrespaban; con sus sensibles oídos captaba ruidos arcanos, ocultos, misteriosos, y a las agresivas voces de los Visitantes que clamaban que el cometer sangrientas injusticias era un derecho natural que les correspondía por ser fuertes.

A partir de enormes esfuerzos, los Geller ahora disfrutaban de algunas facilidades y de un tiempo ancho, ocioso. Pero este sólo era un compás de espera marcado por una hondo aprensión. Vivían sin risas, porque a estar alegres lo consideraban el error de bajar la guardia. Les era suficiente atravesar los ciclos de sueños y a las corduras diurnas, mientras esperaban que llegara la liviandad de la muerte en una hora en que la luna se haría oscura y el sol blanco. Sin embargo (reaccionó Ariel) todavía estaba empoderado por la vida, y tenía la obligación de sobrepasar sus desfiles de vientos, tormentas, y lluvias. Por lo que continuó:

"Los Visitantes cometieron un único acto de destrucción que fue eterno, y que les significaría la acumulación del saber total. Dijeron que eso era lo que añoraban, y que serían incapaces de tomar otro camino. Se sentían eufóricos e ilustres, por lo que dilatar sufrimientos sería lo más estúpido que podían imaginar. Se constriñeron inmisericordes y mandaban que nadie vulnera a sus demandas insensatas. Sin dudas que sus ordenes burocráticas tenían mucho de propaganda y slogan, pero no hacían

acopios de vocablos innecesarios (les interesó actuar con eficacia).

Para ellos, lo más juicioso era que los residentes de Mogado entregaran sus cuerpos y espíritus, es decir, que se dejaran masacrar manteniendo con prolijidad la medida al caer a las fosas. Les dijeron que esa generación se acabará con un soplo, porque en el mismo Eclesiastés estaba escrito que la dicha de vivir equivalía a un suspiro. Nosotros no éramos personas, sino símbolos del mal que tenían necesidad de derribar, y únicamente el luminoso rigor de nuestras caídas les darían confianza para proseguir. El lineal sentido de nuestras vidas consistía en morir para dejarles espacios libres. Tempranamente, los Visitantes habían inferido que no pretendían adoración sino nuestra muerte. Los de Mogado debíamos ser funcionales a sus deseos ya que eran mayores que dioses (estos apenas pedían rituales y minuciosos exámenes de conciencia, y a ellos les concernía la franca pretensión de que rápidamente nos extinguiéramos)".

Ariel Geller estableció que su narración era prioritaria, Betty en cambio sollozó, y en su enrarecida voz se originó una fuerte reprimenda a su marido. ¿Por qué declaraba esas cosas? ¿No temía a los que taponaban las distancias, y se acercaban de un día a otro con el fin de que un perentorio sudor frío se deslizara por sus frentes? ¿No veía que los Visitantes no sólo eran sujetos malignos, sino también eternos, y los perseguirían por todas las épocas? ¿O qué eran infatigables haciendo experimentos demoledores? Ariel ya tenía problemas en la espalda... ¿acaso quería que lo barrieran en una fumigación?

Habían sido competentes de seguirlos hasta sus últimos años, entrar por la puerta principal de su vivienda haciendo pasar por hombres displacidos y tristes que habían abandonado la ambición de matar.... porque al afirmar que habían sustituido a sus sentimientos cruentos también se destronaban de sus feroces alcurnias, y no podía ser que ya no existieran sustanciales variaciones entre ellos y los demás pueblos.

De inmediato y cómo apelando a una desesperada disculpa, la mujer le dijo a Bauer que no tenía apacibles sueños y la totalidad de sus actos se había convertido en una ardua repetición. Al igual que ocurrió con los de Mogado, sus apariencias se estaban descomponiendo, y no tardaría en cortarse la vieja conexión que tenían con el mundo. Tal vez pecaba de impertinente, pero ni él ni el individuo que lo acompañaba obtendrían algún progreso merced a las habladurías de su marido. Betty encareció a Marcos Bauer que vuelva a la calle, y no importune más a la pobre gente de edad que nunca le cuestionaría por sus eventos ni lo estorbaría de alguna manera. Que se desligara de su marido al que lo restregaban unas cuantas enfermedades y tenía la carne fofa.

Pero Ariel Gueller volvió a interpretar la plañidera dimisión de su mujer como algo entorpecedor, y se tomó el tiempo para enhebrar otros

comentarios en los que incluyó algunas instalaciones infernales, campos con electrificados alambres que aún electrocutaban a su alma. Su corazón latía con fuerza pese a la indeseable injerencia de Betty. Contó que anduvieron a la ventura, por la clandestinidad, durante varios años, y se refirió a la atascada ruta de escape que seguía recorriendo en las pesadillas que lo asolaban en sus sueños.

"¡Fue por la inacción de Dios que ocurrió lo de Mogado, ya que, en vez de luchar, la gente se dilapidó con sus fábulas!", exclamó como un atronador acto de rebeldía en contra del parámetro mayor e inamovible que había forjado al hombre: la divinidad.

Viendo que oscurecía, y resuelto a poner un punto final a ese encuentro, Marcos Bauer abogó por una efectiva solución con los que los Geller llamaban "Los Visitantes". Ya conocía a fondo los detalles y quería salirse de esa escena; redactaría sus opiniones, y en pocos días y como si fuera un acto de magia, un asistente de la embajada arribaría con los papeles oficiales que saltarían a embarazosos formalismos (se trataría de un procedimiento mecánico). Tomando aire expresó:

"Ahora lo mejor será una lúcida convivencia, ya que no hay más apetitos cruzados entre las personas, y para todas está abierto el festín. No existen los argumentos encontrados, pero si la esperanza de que nunca se repetirán los imperfectos y trastornados entornos que hubo antes de la guerra. Los alemanes y judíos están barriendo a las horrendas enemistades del pasado, y planean juntos como mejorar a la humanidad. Sólo es necesario asumir actitudes solidarias".

Al escuchar esa respuesta y con el rojo acelerándose en sus mejillas, Ariel Geller descalificó esa arrogante invitación. Había perdido su tiempo mostrándole sus estériles jardines, y contándole aquello tan inútil que pasó. De repente percibió que, pese a sus precauciones, su vida había desembocado una vez más en la depravación.

Finalmente se dio cuenta que Betty había estado en lo cierto. Marcos Bauer (junto a su colega que se presentaba como un zombi alucinado) quería reinstalar en su vida al caos a través de las promesas de falso arrepentido... en verdad, había llegado hasta su domicilio con propensión a hacerle pagar por su escape de Europa.

El mundo seguía siendo el absurdo cósmico que también se representaba en un callejón sin salida. Ariel había participado en ese tumultuoso juego a cambio de una indemnización que le prometieron dar. Había cerrado los ojos al peligro, desconoció la maldad de lo que ocurrió con los suyos, y se dejó ganar por la hostil necesidad del dinero.

No debió haber alegado, ya que así también había desnudado sus debilidades. Betty sabía lo que decía cuándo le pidió que no dejara

entrar a nadie... su mujer conservaba la sabiduría de aquella otra que había comido al fruto de un antiguo árbol para proveerse de respeto, o al menos de alguna funcionalidad interesante.

Hastiado, Ariel no quiso hablar más. Sólo fijo con salvajismo su vista en ese hombre alto y rubio, y le hizo una pregunta: "¿Eres tú el descendiente de los Visitantes que viene a atraparnos?". Y no fueron rimbombantes las consecuencias que se permitió: el hombre martilló sobre sus dientes postizos a una procacidad, y liberándose de los volátiles códigos de buenos modales, echó a empujones de su hogar a Marcos Bauer y al apoderado legal de la sede consular de la República Federal Alemana.

El día había terminado mal, y Ariel Gueler sólo quiso retraerse en su cama y conseguir abrir sus puños enardecidos.

Fin